

FANTASMAS

La miró con disimulo. Empezó por sus piernas, no le gustaron los zapatos que llevaba. Tampoco los pantalones. ¡Pantalones! Y el jersey verde, una aberración.

La miró con total descaro.

—¿Es que vas a salir? —le preguntó sin más rodeos.

—Sí, abuela. ¿Te gusta como voy?

Su nieta, la mayor de las tres, estaba sentada en el extremo opuesto del sofá, suponiendo con una amplia sonrisa la respuesta de su abuela. Dolores se la devolvió, más grande aún si cabe y zanjó el asunto con total diplomacia. De un tiempo a esta parte no entendía ni la mitad de lo que le rodeaba, pero su experiencia le dictaba que más le valía vivir en paz. Cruzó los brazos y rezó en silencio un *padrenuestro* y tres *avemarías* para que su pobre nieta no perdiera la entrada en el Reino de los Cielos.

Desde que llegó a la casa de su hijo, Dolores había incrementado en un 20% sus oraciones diarias. Al no tener ninguna tarea encomendada y encontrándose siempre con una negativa tras ofrecer su ayuda, decidió en secreto que con este acto de fe realizaría su aportación. Todos los días se sentía feliz por salvar el alma de alguno de los miembros de su numerosa familia. Aunque a veces presentía que San Pedro no tendría reparos de señalar hacia abajo durante el juicio final, sobre todo con su nieta pequeña. Era un torbellino que ya se había escapado dos veces solo para ir a buscar gatos abandonados y traerlos luego a casa. Lo peor es que a la niña, con tanto mimo, le duraban los animales tres semanas como mucho y allí que tenía que ir Dolores a consolarla mientras rezaba sus *padrenuestros*.

Bajó la cabeza para olvidar esas diabluras y observó su falda. El luto era algo muy sucio. La tela negra estaba poblada por millones de pelusillas blancas. Con resignación, pasó una de sus manos temblorosas por la prenda, pero todas esas

molestas motitas seguían allí. No había manera alguna de librarse de ellas, solo pudo resoplar con desánimo. Apoyó las manos sobre sus piernas para intentar esconder esa indecencia, pero pronto se olvidó del tema. Su nieta volvía a llamar su atención.

La joven había empezado a tararear una canción. Miraba una de las revistas de moda de su madre, esperando a que llegase la hora de su cita. Su cuerpo se reclinaba un poco hacia la izquierda, descansando en el brazo del sofá y sus zapatos reposaban sobre la tela rojiza del mueble ensuciándola con descaro. Dolores la miraba embelesada. ¡Qué importaba la ropa que llevase! La quería con locura. Tanto que decidió no regañarle por su descuido con el pobre sofá. Y tarareó con ella.

En realidad no conocía la canción que su nieta murmuraba, pero decidió acompañarla con un pasodoble de los que se bailaban antes, en la plaza Mayor, cuando el frío abandonaba el pueblo y los jóvenes rondaban a las muchachas. Como el día en que Fermín se puso rojo de arriba abajo y se perdió entre las pequeñas banderas que colgaban de balcón a balcón. Menos mal, porque dejó paso a su marido, el hijo del molinero. Recordó la chaqueta de pana marrón que solía llevar Pedro los días de fiesta. Recordó a Pedro.

Dolores pasó de la plaza a los paseos por el parque con Pedro. Siempre los domingos. Después de la misa, al salir de la iglesia, bajaban las tres calles correspondientes y se encontraban en el parque. Tierra y árboles, lo mismo que en el campo pero arreglado. Con una fuente y su gran palomar, grisáceo y manchado por las aves. También estaban los puestos donde vendían palomitas para comer, saladas o dulces. En verano se cambiaban las palomitas por helados y Dolores tenía que ir a casa de su hermana Anita, la heladera del pueblo, para prepararlos. Se acordaba sobre

todo del carro donde los transportaban hasta allí. Y de como Pedro le compraba siempre a sus hijos algún dulce.

Pedro, el mismo hombre que la sacó a bailar el día que Fermín no tuvo valor.

—Abuela ¿Qué cantas?

La verbena desapareció. Y unos ojos le devolvieron a la habitación. Su nieta le ofrecía una segunda sonrisa, pero esta vez más burlona. Dolores se percató de ello y rehusó la respuesta, siguió tarareando para deleite de la muchacha. Tras una gran carcajada, su nieta dejó la revista a un lado, se levantó y bailó. Bailó el pasodoble con un hombre imaginario, tropezando con el mantel de la mesa camilla y mezclando varios pasos. Y a mitad de la pieza, dio un giro, besó a su abuela y salió de la habitación para gritarle a su madre que ya se iba.

Por segunda vez la niña le robaba la verbena a Dolores. Que rápido había sido. La anciana se quedó con una palmada a medio dar, ya no era tan ágil. Agitó sus manos para borrar ese acto y se percató del frío que hacía. Se cubrió bajo las faldas de la mesa, heridas por su nieta, Descansó su cuerpo en el respaldo del sofá. Las tardes se le hacían tan largas. Si aún tuviese su molino, donde trabajó, primero con su marido y muerto este, con sus hijos. La mujer del molinero, la llamaban. Si en el pueblo buscabas Dolores, te encontrabas unas cuantas. Pero solo una, ella, era “Dolores, la mujer del molinero”. Igual que un título de la nobleza: el marqués de Calatrava, la condesa de Chinchón. Pero ahora, en estas tardes tan largas, de qué le servía a esta vieja. Era un nombre preservado solo por protocolo, anclado al pasado como esos olvidados feudos, pues el molino lo había vendido hace años, una eternidad.

—Se lo vendí a Juan, que ya murió. ¿Lo ves tú mucho por allí?

—Pues sí —le contestó su marido—. Aquí estamos todos muy apretados, ya lo sabes. Y es difícil no ver a alguien.

Dolores levantó las dos cejas en señal de exclamación y rezó tres *padrenuestros*. Cuando terminó, muy seria, replicó a su marido:

—Pedro, eso de quejarte del Reino de los Cielos no es que esté muy bien. Ya lo sabes. ¿Qué pensaría el Padre Damian?

Pero Pedro no se inmutó ante tal reprimenda y paseó despreocupado su dedo índice por el respaldo de la silla situada en frente de Dolores, al otro lado de la mesa. Parecía que se divertía bastante y su mujer lo dejó como caso perdido.

—Voy a ver como están las niñas.

Se apartó el mantel de las piernas y apoyó su mano derecha en el brazo del sofá, con la otra se agarró con fuerza al borde la mesa. Respiró y se balanceó hacia delante para coger impulso. Al tercer intentó, se levantó.

—Tú no me ayudes, como siempre —murmuró enfadada y a pequeños pasos abandonó la habitación, cerrando la puerta para que su marido no la siguiese.

Encendió la luz de la siguiente habitación. Bordeó la mesa que había en el centro y se dirigió hacia las escaleras. La casa de su hijo tenía dos plantas. A Dolores le parecía muy grande y algo oscura. Siempre corría un aire helado de puerta en puerta, que en verano era agradable pero que en invierno resultaba muy dañino. La anciana se ajustó la toquilla. Era de lana y de color negra, una prenda que siempre la acompañaba, antes incluso de que el luto la visitase.

Buscó el interruptor que iluminaba la escalera, estaba a su izquierda, junto a su hombro. Lo apretó y se agarró a la barandilla. Irguió la cabeza. A sus ojos se presentaban doce peldaños, como los apóstoles de Jesús. Conforme los subía, recitaba

el nombre de cada uno de ellos y al llegar al de Judas Iscariote, se santiguaba tres veces. Al inicio de su modesta tradición, intentaba saltarlo y pasar directamente al escalón de Santiago el mayor, pero tuvo que reconocer que, para una vieja como ella, era tarea algo difícil. Tras casi romperse la crisma, gozó de la revelación del uso del signo de la santa cruz durante un sermón del Padre Joaquín.

Ya en el piso de arriba, se encaminó al comedor. Nada más entrar, las voces de sus nietas le gritaron con entusiasmo para se sentara y que viese junto a ellas el programa que retransmitían por la televisión. Dolores aceptó, pero seguía teniéndoles miedo a los hombres y mujeres que le hablaban desde allí.

—Buenas tardes —saludó. A lo que un hombre que sostenía un micrófono respondió presentando al último concursante de la tarde.

Sus nietas se rieron y la más mayor le dio dos palmadas en la espalda. Dolores las acompañó en sus risas y pellizcó los mofletes de su agresora. Mientras, los individuos de la televisión seguían hablando entre ellos, ajenos a todo ese bullicio. Cuando el ambiente volvió a la normalidad, la anciana se fijó en ellos. Le daban miedo esos hombres que no habían sido presentados y que aparecían sin más, cuando las niñas se acercaban a esa caja negra. Ella misma, alguna noche de insomnio, mientras todos dormían, se había acercado con sigilo al aparato pero solo consiguió ver su reflejo.

—¡Madre, me ha mirado! —gritó Dolores al tiempo que se tapaba la cara. Las niñas sonrieron, ya estaban acostumbradas.

La anciana tenía los ojos cerrados. Lentamente, los abrió y miró a través de los huecos que se formaban entre sus dedos. Los siniestros personajes seguían conversando. El grito no los había molestado. Parecían no inmutarse ante nada, no se

llegaban a mezclar con la habitación, pero allí estaban. De reojo, Dolores observó a las niñas. Estaban tranquilas ante ese hecho misterioso y escuchaban atentas. De vez en cuando aplaudían o se emocionaban, incluso se enfadaban e intercambiaban quejas entre ellas.

La anciana desvió la mirada hasta el sillón acomodado bajo la ventana, el que utilizaba su hijo para leer. Su madre la saludó y se llevó un dedo a los labios, indicándole que se callara. Dolores se quedó con las ganas de preguntarle si conocía a los señores y algo apenada, se volvió para mirarlos.

—¿Son ustedes del pueblo? —preguntó sin pensar.

A modo de respuesta obtuvo una carcajada por parte de las niñas. Dolores bajó sus manos y descubrió su cara. Sonrió de nuevo con las niñas y por un momento se olvidó de la televisión.

—Abuela, no tienes remedio.

La pequeña se levantó y la abrazó. Dolores estaba algo confundida, pero la cobijó con ganas entre sus brazos. Después la giró y dándole una cachetada en el culo le ordenó:

—Baja y apaga las luces, que me las he dejado todas encendidas al subir.

—Es que si no fueras tan miedica, abuela —rezongó la niña. Y algo perezosa, se acarició el trasero y salió por la puerta rumbo a la planta baja, trotando como si fuese un caballo Falabella.

Su otra nieta se levantó y se dirigió al aparato, estiró un brazo hasta rozarlo y los hombres desaparecieron con un *clac*.

—Abuela —se volvió para mirarla—, voy a ver si mi madre necesita ayuda.

Y huyó por el mismo lugar que la pequeña.

Dolores entrecruzó sus dedos, ¡qué solitaria le parecía la habitación ahora! Miró a su madre, se había levantado del sillón y caminaba de un lado a otro de la sala. Parecía contrariada, ella sí que disfrutaba sentándose con las niñas y la caja oscura.

—Madre, estése quieta. Me pone nerviosa —le ordenó Dolores malhumorada.

Pero su madre volvió a instarle que se callase y siguió con su paseo. Siempre había sido muy tozuda. Dolores chasqueó la lengua y se acomodó en el sofá. Cerró los ojos.

La piel fofa le colgaba del brazo cubriéndole parte del codo. Se mecía libremente de un lado para otro, temblorosa. Unos dedos se hundieron en ella.

—Dolores, vamos. Ayúdeme.

Una mano tiraba de su brazo. Lo agarraba con fuerza, tiñéndolo de blancos y rojos. Le pedía que la acompañase. No tuvo más remedio y se levantó.

—Hija, que bruta eres —le recriminó sin mucha credibilidad—. Estaba durmiendo. ¡Podrías ser más cuidadosa!

Su nuera le había despertado sin mucha delicadeza. Tuvo que reconocerlo y pedirle perdón. No volvería a pasar. A modo de reconciliación, la mujer le presentó el brazo derecho y Dolores se agarró de él para demostrar que todo estaba ya olvidado. A la anciana le gustaba andar sola, a su ritmo, pero permitió ser escoltada por esa insistente mujer hasta la cocina. Cuando cruzaron el umbral de la puerta del comedor, la vieja le pidió a su nuera que cerrase la puerta. De esta forma su madre no les acompañaría.

Las baldosas blancas y negras conducían sus pasos. El trayecto hasta la cocina era pesado para una vieja, pues se encontraba en el otro extremo de este piso (aunque, gracias a Dios, no había escaleras de por medio).

La anciana y su nuera debían cruzar un largo pasillo donde, a ambos lados, se situaban todas las habitaciones de la familia. Todas menos la de Dolores. Ella residía, muy a su pesar, en el piso de abajo. Asunto que fue discutido en un principio. ¿Debían hacerle hueco en alguna habitación de las de arriba? En seguida esa pregunta quedó resuelta, la tercera vez que se levantó a deambular durante la noche. Dolores ya no pudo investigar más sobre el enigma de la caja oscura.

Las paredes escupidas de gotelé tenían un tono grisáceo. Las pintó Mariano, buen amigo de la familia, la primera quincena de un Julio ya olvidado. A Dolores le encantaba acariciar las rugosidades creadas por la pintura. Solía caminar a la derecha de su nuera y siempre acariciaba la pared que quedaba a este lado. Apoyaba su mano dejando que ese ser inerte la besara, daba un paso, la levantaba y volvía a dejar que su amante la rozase.

—Le voy a comprar un bastón, cada vez le cuesta más andar.

La mujer, paciente, la miraba como preguntándose si lo que le había dicho era una ofensa. Dolores respondió apretando un poco más el paso. Pisó una loseta negra antes de girar para encontrarse con la puerta de la cocina. Sus tres nietas, escandalosas, se encontraban ya sentadas a la mesa.

—¡Abuela! ¡Tardona! Vamos, que tengo hambre —le recriminó la pequeña. La hermana mayor le propinó un fuerte codazo.

Dolores se sentó al lado de su segunda nieta. Era la más callada de las tres, pero siempre estaba sonriendo. Comprendía muy bien a Dolores. Su nuera le ayudó a acercarse a la mesa empujando la silla.

—¿Está cómoda?

Dolores gesticuló con una de sus manos para indicarle que no se preocupase, por lo que su nuera se dedicó a servir los platos. El primero que colocó en la mesa fue el de la anciana, quién observó divertida como humeaban las patatas y las judías. Al terminar, su nuera bendijo la mesa y Dolores probó su ración.

—Esta mujer quiere envenenarme, padre —balbució.

—Pero Dolores, ¿qué le ocurre? —le preguntó su nuera con un deje de cansancio. Todas las comidas igual.

—La comida está sosa —lloriqueó la vieja.

Su nuera se levantó, fingió coger un pellizco de sal y roció aire sobre el plato de Dolores. El médico ya le había advertido que debía rebajarle la sal en las comidas a su suegra.

—Pruébelo ahora, mujer. A ver si esta vez le gusta.

Dolores cogió de nuevo el tenedor y pinchó una judía, se la llevó a la boca y miró a su padre. Este le guiñó un ojo, animado.

—¡Uy! ¡Qué comparación! Esto ya es otra cosa. ¿Gusta usted, padre?

Las tres nietas profirieron una gran risotada. La abuela también se rió, quería tanto a sus niñas y disfrutaba tanto viéndolas tan alegres. Su padre, apoyado en la encimera, se limpiaba las lágrimas de los ojos. Dolores siguió comiendo y escuchó atentamente todo lo que las nietas habían hecho ese día.

La cena transcurrió con normalidad y cuando terminó, las niñas ayudaron a recoger la mesa. Su abuela las miraba, sentada en la silla. De vez en cuando, se fijaba en su padre. Ahora estaba serio, tenía las manos metidas en los bolsillos y se mordía el labio inferior. Dolores quería preguntarle que le sucedía, pero era mejor dejar

pensar a los hombres sin que nadie les molestase. ¿Qué problema tendría en el Reino de los Cielos?

—Abuela, ¿qué miras?

Era su nieta, la mediana. La cogió de la cintura y la atrajo hacia si para susurrarle al oído:

—A mi padre, que está muy serio.

Su nieta asintió con la cabeza y encaminó la mirada al lugar que le señalaba su abuela. Frunció el ceño y le prometió a Dolores que rezaría un *padrenuestro* para que el bisabuelo Antonio dejase de estar enfadado. Besó a la anciana en la mejilla y se fue a ver un rato la televisión con sus hermanas.

—Dolores, en cuanto termine el friegue, la acuesto.

La anciana observó a su nuera. Cantaba una alegre canción, distinta a la que su nieta había tarareado al principio de la tarde, sentada en el manchado sofá. Se movía con gracia mientras dejaba los platos apilados a un lado del fregadero. Dolores se alegró de tenerla, de que la hubiese acogido en su casa. Siempre estaba atenta a cualquier detalle y ayudaba a Dolores en todo. Lo único que la vieja le recriminaba es que no le dejase hacer nada. La anciana rezó tres *avemarías* por ella.

Otra vez su nuera le ofreció el brazo. Dolores lo aceptó y salieron de la cocina dejando la puerta cerrada. Así su padre podría pensar en paz y no la seguiría.

Recorrieron el pasillo y llegaron a la escalera. Su nuera encendió la luz y bajaron hasta el piso de abajo. Las luces del recibidor y de la salita estaban encendidas.

—¿Pero quién se deja las luces siempre encendidas? —se preguntó asombrada la pobre mujer.

—No te enfades, hija. Ha sido la pequeña, que ya sabes que es muy despistada
—Dolores se sonrió—. Mañana hablaré yo con ella.

Entraron en su habitación y Dolores se sentó en una silla próxima al tocador. Su nuera le sacó el camisón del armario. A la anciana este momento siempre le daba mucha vergüenza. El hecho de que otra persona le ayudase a desvestirse le molestaba y le irritaba, pero su cuerpo viejo y cansado le fallaba y necesita ayuda.

—¡Déjeme a mí, Dolores!

Pero eso tampoco era un problema serio para que todas las noches intentara echar a su nuera de la habitación y terminase discutiendo con ella.

Vestida ya con el camisón, la nuera continuó con el ritual para acostarla: le quitó las orquillas que le sujetaban el moño, deshizo con delicadeza la larga trenza que le recogía el cabello y buscó en uno de los cajones del mueble un cepillo.

—Dolores, ¿y si me deja cortarle el pelo? Que se le ensucia mucho —le comentó al tiempo que se lo cepillaba.

Dolores apretó los labios. Siempre con la misma historia. ¿Que tendría esa mujer en contra de su pelo? ¿Cortárselo? Ya le dejaba que se lo lavase una vez a la semana. Irritada, negó para sus adentros.

—Ya vería como le quedaba muy bien. A la moda —continuó la buena mujer.

La vieja comenzó a lloriquear.

—Vamos, vamos. No se preocupe —tragó saliva—. Que si usted no me deja no se lo corto.

—¡Ay, mis hijos! —Dolores se dejó llevar por el llanto—. Que si me disgustan me muero. Y si me muero ya no me verán más. ¡Ay! ¡Si me muero esta noche qué tristeza les va a dar!

Su nuera la miraba compungida. Ya no lidiaría más sobre el asunto del pelo hasta la próxima semana. Dolores se sorbió los mocos y se dejó peinar tranquila.

La mujer le llevó a la cama y la acostó. Le dio un beso y la arropó para que estuviese cómoda. Sabía que su suegra era muy friolera. Después rezaron juntas y Dolores le prometió que se dormiría tranquila y no se levantaría. Su nuera la besó en la frente y le deseó buenas noches. Fue hasta la puerta, apagó la luz y se marchó dejándola abierta.

Dolores, rodeada de oscuridad, sentía la corriente helada que se deslizaba a la habitación. Oyó un ruido y se tapó los ojos con una mano. Al tiempo, la curiosidad le hizo mirar. Pedro, su madre y su padre estaban allí con ella.

—Es hora de dormir —les informó.

Ninguno se lo replicó, pero tampoco le hicieron caso alguno. Su madre carraspeó y comenzó a cantar una saeta. Pedro y su padre se pusieron muy tiesos y la miraron. Dolores recordó que a su padre antes le había preocupado algo.

—¿Ha resuelto ya su problema, padre? —le preguntó respetuosa, mientras se incorporaba algo en la cama. Su padre dejó de prestar atención a la música y se acercó a ella.

—Lo de antes no era nada serio, hija mía —miró a Dolores con cariño — Pensaba que ya te toca venir al Reino de los Cielos.

Dolores empezó a chillar escandalizada:

—¡Dejadme en paz! ¡Dejadme en paz!

Una mujer con gesto de haber corrido respiraba agitada entre las sombras. Encendió la luz. La habitación se quedó vacía.

—Dolores, tranquilícese. Vamos, que ha sido una pesadilla.

Su nuera la ayudó a tumbarse y le pasó la mano por la frente. Dolores, asustada, le suplicó que mirase debajo de la cama.

—No hay nadie, solo el orinal por si lo necesita.

Se levantó despacio y cogió la silla donde antes había peinado a Dolores. La puso junto al cabecero y se sentó al lado de la vieja para consolarla. Al rato, cuando ya todo estaba más calmado, se levantó y en silencio se dispuso a abandonar la habitación. Dolores la retuvo con una frase:

—Cierra bien la puerta.